Los guanches: el pueblo olvidado

Cuando se habla de pueblos exterminados por la conquista y la ambición, solemos pensar en civilizaciones lejanas, en continentes atravesados por la colonización y en culturas destruidas por el avance de los imperios. Sin embargo, muy pocas veces se recuerda que dentro de la propia historia de España existe un pueblo prácticamente desaparecido, sometido al silencio y al olvido colectivo: los guanches, los antiguos habitantes de las Islas Canarias.

Por Pedro Rozas – Pressenza

Cuadro realizado por Pedro Pozas Terrados

Los guanches fueron mucho más que un grupo aislado de pobladores primitivos, como durante mucho tiempo se ha intentado presentar. Eran un pueblo con identidad propia, con organización social, creencias espirituales, conocimientos sobre el territorio y una profunda conexión con la naturaleza. Vivieron durante siglos en las islas desarrollando una cultura singular, separada del continente y adaptada a un entorno volcánico y difícil que aprendieron a respetar y comprender.

Pero la llegada de la conquista castellana en el siglo XV supuso el inicio de una tragedia humana de enormes dimensiones que apenas ocupa espacio en los libros de historia. Los guanches fueron perseguidos, esclavizados, desplazados y exterminados. Muchos murieron combatiendo para defender su tierra; otros fueron vendidos como esclavos en mercados europeos; otros sucumbieron a enfermedades traídas del exterior y a la destrucción absoluta de su modo de más significativo es que, a diferencia de otros territorios conquistados donde el mestizaje permitió la supervivencia parcial de culturas indígenas, en Canarias el impacto fue tan devastador que la identidad guanche prácticamente desapareció como pueblo reconocible. Fue un proceso de aniquilación cultural y humana que durante siglos quedó oculto bajo el relato glorificado de la conquista.

Y quizá lo más doloroso no sea únicamente el exterminio sufrido, sino el abandono posterior de su memoria.

Los guanches son hoy los grandes olvidados de la historia de España. En los colegios apenas se estudia quiénes fueron realmente. Las generaciones actuales conocen nombres de conquistadores, batallas y reyes, pero desconocen casi por completo el drama humano vivido por los antiguos habitantes de Canarias. Es como si la historia hubiera decidido pasar de puntillas sobre una realidad incómoda que todavía hoy cuesta reconocer abiertamente.

Muchos restos arqueológicos vinculados a los guanches permanecen insuficientemente protegidos o abandonados. Cuevas, enterramientos y lugares históricos sobreviven en ocasiones sin el respeto ni la conservación que merecerían como parte fundamental de la memoria colectiva. Y eso también refleja una forma de desprecio hacia quienes fueron borrados de la historia oficial.

Es cierto que algunos estudios genéticos muestran que todavía permanecen rastros de herencia guanche en algunas perdonas actuales de canarias. Algunos rasgos físicos y componentes genéticos recuerdan que aún quedan huellas de aquel pueblo antiguo. Pero la realidad es que su lengua, gran parte de sus costumbres y su identidad cultural fueron prácticamente destruidas.

La historia no puede seguir construyéndose únicamente desde la visión de los vencedores. También

debe contar la voz de quienes fueron sometidos, esclavizados y silenciados. Porque un país que no es capaz de reconocer sus propias heridas históricas termina condenando al olvido a quienes nunca tuvieron la oportunidad de escribir su propia versión de los hechos.

Hablar de los guanches no es abrir heridas. Es hacer justicia histórica. Es devolver dignidad a un pueblo desaparecido que merece ser recordado con respeto y verdad. Es reconocer que detrás de cada conquista también existieron sufrimiento, destrucción y pueblos enteros condenados al silencio.

Y quizá haya llegado el momento de que España mire de frente esta parte olvidada de su historia y comprenda que la memoria de los guanches también forma parte de su propia identidad histórica.

Porque los pueblos no mueren solo cuando desaparecen físicamente. Mueren definitivamente cuando el mundo deja de recordarlos.

Los guanches no deben seguir siendo un eco perdido entre volcanes y silencios históricos. Fueron un pueblo con alma, cultura y dignidad, y la historia tiene la obligación moral de devolverles el lugar que nunca debió arrebatarles el olvido.